

CONFERENCIA DEL Prof. CLEMENTE ESTABLE EN EL CICLO PREVIO A LA INICIACION DE LOS PRIMEROS CURSOS REGULARES DEL I.M.E.S.

Señora Directora del Instituto Normal Superior, Sres. Maestros, Profesores y alumnos:

Ayer quedé conforme conmigo mismo —y confieso que no es fácil— por haber asistido al acto inaugural del Instituto Normal Superior. Fue expresión doctrinaria y fervorosa de quienes **viven**, no representan los problemas docentes.

Todos reconocemos y admiramos la competencia, responsabilidad y abnegación con que la Directora de este Instituto cumple su difícil e importantísimo ministerio. A ella debo el privilegio de pronunciar ahora, aquí, una conferencia que tratará de la reforma de la escuela primaria conjugada con el liceo y la Universidad del Trabajo, sobre los fundamentos de las dos culturas: la integral y la vocacional tanto del que aprende como del que enseña.

Por los subidos elogios que hiciera de mi persona en su enjundioso discurso y por el unánime homenaje sin palabras de maestros, profesores y estudiantes, expreso mi sincero agradecimiento.

Hoy se inició este acto con una sorpresiva y fluorescente reminiscencia de plena simpatía: la del Prof. Dr. Saspiturry. Ignoraba que él iba a precederme en el uso de la palabra, discutiendo sobre nuestro encuentro en la vida del espíritu. Es como una invitación a la **reconquista del tiempo perdido**. Me siento tentado a reflexionar sobre la **ética del recuerdo**, aunque parezca que por naturaleza el recuerdo sea radicalmente ajeno a toda ética. Me cuesta cierto esfuerzo para no ceder a tal intento.

La meditación que hace más hombre al hombre se dirige a desvelar la realidad propia y extraña a sí mismo y a enjuiciarlo todo en el plano de los valores.

Quien explora y discrimina entre la verdad y el error, la verdad y la mentira, lo bueno y lo malo, lo que es y lo que no es bello, quíéralo o no, **filosofa**, aunque no sepa Filosofía.

Saspiturry, antes de saber Filosofía, filosofaba. Pero cuando en las coordenadas de nuestra vida nos encontramos, pertecien-

do a generaciones distintas, Saspiturry filosofaba con la Filosofía de los filósofos y sobre la filosofía y los filósofos.

Lo recuerdo como un joven serio, pero muy afectuoso, no adusto, con patético respeto por quien dice que influyó positivamente en su destino. . . . ¿Y no es una de las mayores satisfacciones la de un profesor que aún en el ámbito en el cual **no profesa**, llegue a **ser alguien** en el destino de los jóvenes y lo reconozcan éstos en su **madurez bien habida**? . . . L'admiration —y así se expresa Rodin— est un vin généveux pour les nobles esprits.

En los recíprocos enjuiciamientos relativos a los conflictos de las generaciones coexistentes (de padres e hijos, de profesores y alumnos, de hombres maduros y de jóvenes) **los de la nueva generación invocan lo que con la edad se pierde; mientras que los hombres maduros y los ancianos aluden y subrayan lo que con los años y sólo con lo saños se adquiere y crece.**

Ciertamente, la **experiencia** que cuenta en dirección a los valores, carece de unidades temporales para su medida, y un año de una persona, sea joven o madura, puede significar más, mucho más que diez años de otra.

Suele el joven mirar de reojo **eso de la experiencia**, con desconfianza y cierto desdén, más como una traba que propulsora del progreso.

En general, el progreso humano se debe sobre todo a los jóvenes de precoz madurez y a los hombres maduros que no envejecen.

La precocidad de madurez espiritual es una de las importantes características de las vocaciones y suyo es también el signo de permanencia de la juventud a pesar de los años. Diríase que más bien que una sucesión hay una compenetración de edades, con recíprocas inducciones.

En cierta oportunidad pregunté a un profesor: —¿Qué hace Ud. ahora? Y me respondió con vehemencia: —Vivo! ¿le parece poco? — Vivir honorablemente no sólo no es poco, es lo más importante de todo y para todos. Esa fue mi breve contestación.

El actor sólo representa. Pero no; ni el actor, si es un actor de veras. Si es un artista vive, no representa. En las otras profesiones, quien la represente y no la viva, traiciona la profesión y se traiciona, convirtiéndose en una mentira de sí mismo. Natural-

mente, ninguna profesión es una plenitud de la vida de nadie. Es más y es menos. Ninguna profesión agota al hombre, aunque, claro está, toda profesión le sobreexcede.

Ninguna justicia preside o regula la distribución de los dones naturales. En esto nadie merece lo que es, ni en mérito ni en demérito... Ah! pero ¿termina ahí la historia? **una** sí, pero empieza otra historia, y aquí sí hay gran responsabilidad: la del uso de los dones que se posean.

¡Cómo entristece ver la malversación de los dones que se poseen! Parecería que no es del todo inteligente el que hace mal uso de la inteligencia. Hay una regulación que es ética, de la misma inteligencia. La inteligencia debe advertir esa luz. Existe, pues, una moral de la inteligencia.

Lo que más atañe al hombre es su propio destino. Incide en él la vocación, la profesión, el oficio. Céntrase así el concreto vivir en el trabajo. Lo más importante del proceso formativo de cualquier profesión, de cualquier oficio, es promover para siempre el proceso autoformativo, pues quien no esté continuamente formándose, se deforma. Quien vive con vocación una profesión o un oficio jamás se rutiniza, a pesar de los hábitos, que entonces resultan como mecanismos montados para una mayor liberación e innovación.

Quien se sienta autor en su trabajo sentirá la alegría de crear, de ser alguien, de sentirse a sí mismo ennoblecido por el esfuerzo personal. Sentirse criatura creadora, no sólo criatura.

En cierto modo se es ajeno, y lo más grave, ajeno a sí mismo, en el grado en que uno se ignora.

Antes de concretar lo que tiene que ver con la reestructuración de la escuela primaria conjugada con la liceal y la Universidad del Trabajo, haré algunas reflexiones previas.

En esta época todo acontecimiento importante resuena en el mundo, desvaneciéndose las fronteras geográficas, políticas e idiomáticas. Esta unidad temporal imprime un sentido nuevo a la convivencia humana, pues el presente conmueve más que el pasado. Por la magia de la Ciencia todo instante está cada vez más henchido de realidad humana y hechizado de ensueños. De asombro en asombro la Ciencia va sobrepasando en no pocas direcciones a la fantasía, hasta que ésta nuevamente se pone delante. ¡Qué bella

y rauda carrera la de la Ciencia y la fantasía, la de la imaginación y la realidad! Tienen su concilio en la ciencia de ficción.

Si ignoramos la realidad del mundo en que vivimos somos unos exilados en la propia comarca. Y si esto se agrava con el desconocimiento de sí mismo ¿cuál es el puesto del hombre en el cosmos y en su coexistencia?

Pero aún no estaría perdido sin poderse encontrar por desconocerse, si tiene conciencia de que él es el centro de sus realidades morales, por más que se ignore la realidad. Cada uno es centro de sus propias realidades.

El hombre está fatalmente perdido si no discrimina con resonancia en la conducta —discriminación vital, intelectual y afectiva— lo que lo dignifica y lo que lo envilece.

Lo primero es tomarse en serio a sí mismo y al yo del otro, como fin, no como medio. Cada hombre, en cuanto unidad viviente, es una absoluta singularidad, y como tal, por naturaleza, ajeno a toda estadística. En los trillones y trillones de individuos que se suceden sin repetición de la mencionada unidad viviente, se ponen de manifiesto las mayores potencias creadoras de la vida, en concreto, de los seres vivos, pues no sabemos qué decimos con la palabra vida, escrita ya con minúscula, ya con mayúscula y luego, nos esclavizamos como si fuera un ente fundamental que mantiene, como esencia, la existencia.

Todo ser viviente y *a fortiori* el hombre, está instalado en el centro de su existencia con fuerte concreción de una realidad que lo sobreecede. Se discute, después de haber tomado partido, entre marxistas, existencialistas ateos y existencialistas cristianos sobre la trascendencia del hombre, precipitando conclusiones sobre el hombre sujeto, el hombre objeto, el hombre proyecto, el hombre persona.

Hegel considera como primer principio de la filosofía la milenaria y siempre actual máxima socrática: "Conócete a tí mismo". Y juzga que conocerse a sí mismo no parece ser empresa propiamente humana sino divina. De todos modos, volverse sobre sí mismo para conocerse es una de las misiones más espirituales del hombre y más concretas, a la vez desinteresada y práctica.

Con encantadora arrogancia e irreverencia de poeta, dice Paul Valéry que un hombre que jamás ha tentado hacerse semejante

a los dioses, es menos que un hombre: "Un homme que n'a jamais tenté de se faire semblable de Dieu, est moins qu'un homme".

Desventuradamente, todo hombre aún el más bien logrado en el escenario de la vida es un subhombre de sí mismo, en el sentido de que no se actualizaron en él todas sus potencialidades.

La primera causa de lo que ocurre en nosotros está en nuestra propia naturaleza, en lo que somos y lo que no somos libres. Es importantísimo, entonces, saber qué es lo que depende de uno mismo, en qué es causa de lo que ocurre a uno y de lo que le ocurre a los otros que de una u otra manera, en uno u otro grado, dependen de uno.

Sea cual sea la existencia, esencia y trascendencia del hombre, no lo agota ninguna doctrina ni todas juntas. No sabemos bien qué somos. No sabemos bien qué es el hombre. Pero sabemos que es más que lo que sabemos. Nuestro conocimiento es menor que nuestra experiencia; nuestra experiencia es menos que la realidad y la realidad no es todo.

El realismo de la Ciencia, que es sobre todo de la materia — sin omitir que la Psicología también es Ciencia— se falsea si se contrapone a toda forma de idealismo. Y más aún, si se transfigura en una especie de misticismo materialista.

Ninguna reforma social, ninguna reforma pedagógica dura si no la soporta una reforma psíquica, una reforma psicológica.

El dominio científico de la realidad, el imponente y vertiginoso progreso de las ciencias, introduce profundos cambios en la organización social, de los cuales cambios no puede ser indiferente la organización pedagógica.

Todo lo que se inventa, todo lo que se crea, todo lo que se descubre, tiende a ser para todos. He ahí un signo democrático de la investigación. La verdad es un esencialísimo bien común, como las obras maestras, como las bellezas naturales, como la luz y el calor del Sol, como la salud, como la educación, como la cultura: es un bien común, pero que todavía no es vivido por todos, y ahí está la gran empresa a realizar.

Y dijo Jesús: "La verdad os hará libres". Las palabras proféticas requieren especial acústica, si no nadie las oye. Existe en la ciencia una irradiación democrática. Hay que darse prisa en reco-

nocer y hacer efectivos los bienes comunes enajenados en regímenes de privilegio. Por la Ciencia "los pueblos pueden imprimir cierto carácter de épica grandeza a las luchas del interés y de la vida material". Descubriendo los secretos de la materia, el espíritu tiende a dominarla, y es más, no menos espíritu. En las auténticas tendencias democráticas, no sólo de régimen de gobierno, sino también de forma de vida, deben superarse las revoluciones armadas por las revoluciones inermes, y el cerebro del hombre inerme funciona mejor para la justicia, para la investigación, que el cerebro del hombre armado.

Revoluciones siempre venturosas son las realizables a través de leyes moralmente loables y jurídicamente sabias. La época necesita estadistas, no políticos. No hay que jugarse la vida, y menos la de los otros, por lo que vale menos que la vida. ¿Y qué es lo que vale más que la vida? ¡Ah!, sólo la vida misma, exorcisada de vicios y acrecida en virtudes. En los dominios de la criatura humana, los deberes más primarios, generales y conexos, son: 1º: conservar la vida; 2º: mejorarla.

Nuestro superior destino es el crecimiento en la vertical, destino también de la Nación, única dirección en la que no hay egoísmo de fronteras ni conflicto de límites, ni sujeción del débil por el fuerte. La lucha de los astronautas por la conquista cósmica, acentúa, no malogra en duelo rival, nuestro superior destino. Siempre, la cooperación humaniza y da sentido a las luchas de conquista. No es antipatriótico, sino del más purificado y elevado patriotismo, empeñarse en que la buena tradición de la humanidad sea la más fuerte tradición de las naciones y en que lo que más vale prevalezca en todas partes.

Las corrientes humanas son ya muy caudalosas para que el hombre pueda esquivarlas en inmóviles islotes de vida aldeana. Son acontecimientos inevitables y hay que preparar a los pueblos para nuevos ritmos y módulos de vida. No podemos elegir nada más que en estar o no preparados. Cada vez más para sobrevivir, los pueblos necesitan saber más. Quiérase o no, la Ciencia obliga a las naciones a abrirse a la Humanidad. En nuestra época es sobre todo que se esclarece y adquiere singular importancia la conciencia y la noción de Humanidad, antes muy vaga, evanescente, más soñada que vivida. Ciertamente que sin la debida consideración al prójimo, o sea al próximo —que eso significa prójimo, del latín: "pro-

ximus"— carecen de autoridad moral quienes proclaman principios jurídicos en nombre de la Humanidad.

El bien se realiza en concreto, no en abstracto. La noción de Patria sobreexcede a su contenido histórico por el esclarecimiento de la noción de Humanidad. No se desvanece, pero tiene que cambiarse la estimativa, porque se imponen nuevos hechos, intensa circulación de tradiciones e ideales vivientes, nueva perspectiva y convivencia de los hombres de todas las nacionalidades, en fin, la Humanidad se traslada incesantemente de un lado para otro, y las patrias se compenetran más y más y la mayor buenaventura es que lo que más vale prevalezca en toda la Nación, sin prejuicios de orígenes. "

En la noción histórica, la preeminencia es de origen. En la nueva noción, la preeminencia es de valores. Importa incluso al mismo patriotismo que lo que más vale tenga permanencia y primacía, siempre y en todas partes.

Contra los valores universales todas son falsas posiciones y toda falsa posición que no se corrija a tiempo, es caída segura.

Naturalmente, sería incorrecto interpretar lo que precede como absoluta negación de lo que, como lo dijo el poeta, son cosas pequeñas para el mundo pero grandes para mí.

Hubiera querido preceder con una síntesis de la psicología de la vocación el programa que tiene que ver con la reorganización de la Enseñanza Primaria conjugada con la liceal y con la Universidad del Trabajo. Pero voy a ir directamente a este programa porque sería demasiado extenso, y como yo no tengo la réplica de ustedes, la cual haría muchísimo más interesante y pedagógica esta disertación, sigo como si ignorara las dos psicologías: la del que dicta conferencias y la de quienes las escuchan.

Para conjurar malentendidos me apresuro a advertir que las tres misiones del maestro —a las cuales nos referimos en esta reestructuración de la Escuela con enseñanza integral en la clase, la enseñanza con tendencia vocacional en la escuela, y la del maestro-profesor en los dos primeros años liceales—, no excluyen, sino al contrario presuponen, las especialidades existentes y aún otras fundadas en la psicología y en la metodología.

El maestro tendría dos instancias de elección trascendentes para toda su vida, como es la de encontrarse a sí mismo en el

trabajo. Primera instancia: la elección de la carrera, en cuyo caso el conocimiento de sí mismo y de la profesión es, en general, por no decir siempre, muy poco satisfactorio. Transcurre la vida del hombre en el trabajo, descanso, diversión. ¿qué puede elegir? Primero, en el trabajo —cosa capitalísima—, si puede elegir. Y cuando no se puede elegir... debe estar atento, trabajando, porque lo primero es trabajar. Debe trabajar en tensión a elegir, a cambiar, si ese trabajo no es en el cual sentir, pensar y hacer tiene unidad, si hay una especie de réplica del que siente y piensa al que hace (por desventura la necesidad obliga a aceptarlo provisoriamente).

De manera que en este caso la primera tentativa de orientarse vocacionalmente, es elegir la carrera. La orientación es encontrar la profesión para la persona y no la persona para la profesión.

Cuando ustedes andaban con la brújula al salir de la escuela primaria y al pasar al Liceo y luego en el Liceo buscando el rumbo, han decidido, pero con muchísimos factores que ahora los pueden revisar, han decidido seguir la carrera de maestro.

Pueden revisar si esta carrera es la carrera realmente en la cual se encuentran a sí mismos en un grado aceptable o no, deben atenerse a una segunda instancia que consiste en la elección entre diversas especialidades, de lo que trataremos aquí. Si no se encuentran a sí mismos, si hubiera otro que se encontrara a sí mismo, entonces realmente es al otro que le corresponde ese puesto en la coordenada psicológica y pedagógica. No sólo por él, sino por los que dependen de él en el destino de la enseñanza.

La segunda instancia de elección que tiene el maestro en el programa que presentamos, y en parte en lo que ahora estructuramos en el Instituto Magisterial Superior, según la instancia en que el maestro se encuentra con mejor autognosis o conocimiento de sí mismo y de la profesión. Conocerse a sí mismo es muy difícil y difícil resulta conocer la profesión en los otros. Es la distancia enorme que hay entre ser espectador y ser actor, y ser espectador con perspectiva muy limitada de un mundo muy complejo e ignorancia de muchísimas posibilidades.

¿Qué saben los estudiantes en su iniciación de las profesiones? Saben lo que pueden más o menos haber conocido por el trato de aquel que la ejerce y los que la ejercen no todos han encon-

trado que esa es su profesión. Saben un poco por lo que pueden aprender en esas informaciones que se hacen de lo que es una u otra profesión, pero muy distinto es tener que vivir de esa profesión a tener una perspectiva tan superficial como es la que simplemente informa de un modo externo mas que con el interior de las vivencias.

Quiere decir que en las coordenadas de las profesiones donde uno se anda buscando, tiene que encontrarse a sí mismo, si es posible. Porque no siempre, muy pocas veces, la vocación es coextensiva a la profesión. La profesión a veces es muy complicada y suele ser impuesta por necesidades económico-sociales más bien que emanada de imperativos vocacionales.

Hay profesiones y oficios para los cuales quizá nadie tenga vocación, y se aceptan porque es una forma de dar respuesta a exigencias o necesidades vitales.

En todos esos casos, si se pudiera liberarse de la dictadura de la necesidad, la segunda instancia en **encontrarse a sí mismo** en el trabajo, se impone: para el maestro en estas dos instancias, la primera, elección de la carrera de maestro, la segunda ahora sería elegir, dentro de la carrera, una actividad que pueda estar más de acuerdo con su naturaleza, que es lo que proponemos.

En la segunda instancia se elige en el horizonte de la labor diaria la misión a cumplir como docente, en la que vivir la vida del espíritu y enseñar no están disociados, de suerte que la profesión sea como la continuidad de la propia naturaleza psíquica, si no totalmente, en la dominante.

Es capitalísimo elegir, en lo posible, su misión, que parcial, si no totalmente, es elegir su destino, y luego de elegir, sentirse con la cabal responsabilidad del cumplimiento de actos imperativos que emanan de la libertad de elegir.

Hemos reiteradas veces dicho que en definitiva tres son los fines de la enseñanza. Primero, favorecer el desarrollo en el orden de los valores, de lo dado en la naturaleza humana; segundo, complementar a la naturaleza; tercero, corregirla. Eso tanto para la persona que se entrega a la misión docente como para los que están bajo la orientación, más o menos iluminada, del profesor y maestro. ¿En qué queda la orientación vocacional si quienes enseñan son ajenos a ella?

Cuestión grave y trascendente del magisterio es ésta: qué creencias, qué hábitos, qué costumbres, qué actitudes mentales, qué maneras de pensar, de sentir, de actuar, de vivir estoy creándome para mí mismo y a la vez estoy creando en los otros o contribuyendo a crearlo, a robustecerlo, a debilitarlo o a desvanecerlo.

No importa en esta función —sería bueno que fuera así también— pero no importa que el maestro no escriba nada digno de leerse por carecer de la vocación de escritor; lo que importa es que haga algo digno de escribirse. De como los maestros viven lo que enseñan depende fundamentalmente el valor educativo de lo que los niños aprendan y su inducción vocacional.

Educativo no es algo abstracto. Ciertas modalidades son de un gran valor educativo, intelectual, afectivo, según los temperamentos. Y sobre todo depende de como se vive, por el que lo enseña y por el que lo aprende. Una disciplina, una asignatura, para el que está aprendiendo es sobre todo lo que es el profesor.

Con la pregunta: —¿Te gustan las Matemáticas? ¿Te gusta la Biología? ¿Te gusta...? Es casi como si se dijera: ¿Te gusta tu profesor? ¿Estás contento con tu profesor? Porque no tiene el escolar otra imagen de la disciplina que la que el profesor vive con él.

Aula en la cual no hay convivencia, no es aula; aula en la cual el profesor no conoce a sus alumnos, no es aula.

Para que la escuela pueda cumplir mejor su difícil y fundamental misión, necesario es que haya un cambio en su estructura y en el proceso formativo del maestro; que se contemple su personalidad o las dominantes inductoras de su proceso autoformativo, y las dos culturas: la integral y la polarizada en el plano de la vocación.

No es posible enseñar bien lo que se sabe mal, ni enseñar con entusiasmo lo que se vive con desgano. El entusiasmo del niño es de una inestimable importancia pedagógica. Es encantador ver a un niño entusiasmado, y el encanto sube de punto cuando el entusiasmo está en dirección a los valores, por sí y por la conducción del pedagogo.

Es una gran tristeza ver cuando ese entusiasmo en vez de estar orientado hacia los valores, se desvía. Entusiasmo es una palabra mágica, su contenido etimológico —quiere decir “en” dentro y “theos” dios—; tener un dios dentro, estar como transpor-

tado por algo divino que nos domina, como la inspiración del artista.

Ese entusiasmo debe ser muy tenido en cuenta en toda la organización de la enseñanza, y en la enseñanza que se hace con un tiempo estrictamente limitado, como si dijéramos distribuyendo por cuenta gotas tanto tiempo para tal disciplina, tanto tiempo para tal otra disciplina, etc., etc.... yo hablo de esto como pueden hacerlo todos Uds. sobre la base de mis propias vivencias.

Cuando yo enseñaba en Preparatorios, lo primero que pedí para aceptar era que yo enseñara, como yo creía que debía enseñarse: contando con todo el tiempo continuo, en vez de tres veces por semana, una sola vez, entonces vivía las cinco horas con mis estudiantes.

Vivir así con ellos, convivir, entonces si se puede conocer algo mejor la vida del otro y ellos conocerlo también a uno, e inducir los espíritus de algún modo en la dirección de los valores. Además, claro está, también los alumnos quieren decir algo personal, **ser alguien** en el aula.

Recuerdo que una pequeña que iba al liceo, se quejaba de lo tedioso que era repetir y oír repetir las lecciones. Fijense entonces en que queda la preocupación por el desarrollo de la personalidad. Todo se resuelve **en transmitir**; nada en elaborar e imprimirle el propio matiz de la personalidad.

El pequeño pasa de la Enseñanza Primaria al Liceo. Hay una asombrosa deserción —fundamentada por la estadística— en 1º y 2º año; tremenda deserción. La culpa, es natural, no la tienen los niños.

Claro que tiene que haber deserción. En la Enseñanza Primaria tienen un Angel de la Guarda que está custodiando su destino: es el maestro que vive con ellos cinco horas diarias, y después tiene enfrente quien no conoce al niño y está como terrateniente de la materia que enseña. ¿Cómo no se va a desorientar? ¿Cómo no va a haber deserción?

Por eso es que propongo yo para estos dos primeros años un cambio significativo. El pequeño carece de defensa. No puede entusiasmarse tampoco en su casa, si es estudioso. Porque tiene al otro día cuatro o cinco materias, las que sean. Entonces, si está

estudiando matemáticas, no puede entusiasmarse con matemáticas porque no va a saber bien historia; no se entusiasma con historia porque no sabrá la lección de geografía; y el día que se entusiasme le tocará la materia que no habrá estudiado y le pondrán mala nota. Pero nadie sabe lo que pasa en esa alma, porque no lo conocen, y de ahí viene el desaliento, y una vez que está juzgado y que él mismo está formando su personalidad en el liceo, en función de lo que le van diciendo —porque fíjense Uds. lo que ocurre ¿no? — el yo en el otro va configurándose y desfigurándose por las sanciones, pues psicológicamente muchas veces las sanciones son graves, muy graves, en el proceso formativo de los niños.

De modo que una de las cosas que creo importante cambiar y no se trata de recursos, sería el dar la posibilidad para que profesores y alumnos convivan en el aula y en vez de hacer, como se hace actualmente una enseñanza de tiempo fugitivo, de suerte que ni profesor ni los alumnos pueden entusiasmarse.

Y hay otra cosa: es lo que he llamado yo la fuga de responsabilidad. Todo esto que ocurre de la deserción en 1º y 2º año alarmante es atribuido a los maestros, considerando que vienen mal preparados de la escuela; es fuga de responsabilidades. En el preparatorio dirán: la culpa la tiene el liceo y en Facultad, la culpa la tienen los preparatorios porque los envían mal preparados. Pero nadie se para a decir: ¿qué depende de mí en este momento de desventura?

Yo creo que entre otras cosas podría estructurarse la Enseñanza Primaria de suerte que los maestros que terminen su carrera integral, tengan otras maneras docentes en las cuales podría haber más plasticidad, más flexibilidad, más posibilidades de elección, incluso la de elegir a los profesores, ya que cambiando a veces de profesor, cambia el interés.

Yo nunca pude adaptarme al programa totalmente hecho. Siempre busqué para mi cultura a aquellos profesores con los que me parecía que aprendía más, encontrándome a mí mismo.

El cambio de profesor puede ser fundamental para el alumno.

Sostengo que la escuela jamás tiene que preparar para el liceo; el liceo tiene que tomar al niño como lo deja la escuela, sin ningún conflicto, sin ninguna otra preocupación.

Así como pasa de un grado a otro, lo mismo tiene que ser cuando pasa del ciclo primario al secundario, hoy con Consejos y regímenes de naturaleza distinta.

Respecto a los preparatorios, no creo que convenga suprimirlos ni adaptarlos demasiado a las facultades, como introducción a las mismas.

Hay quienes quieren volver al período anterior del bachillerato único como ocurre en muchos otros países. Sobre esto, prescindimos ahora de toda discusión.

No hay que ilusionarse cuando se hacen comparaciones con otros países de que por tratarse de un país que desde cierto punto de vista está más evolucionado que el nuestro, por eso en este punto es mejor que el nuestro. ¡CUIDADO! Muchas veces en tales países se está deseando salir de esas situaciones y no pueden, y los otros lo imitan como un ideal!

Creo que deben conservarse los dos ciclos y es venturoso por esto: Porque la enseñanza liceal, con la Enseñanza Primaria, debe ser en lo posible para todos, y debe ser atractiva y no selectiva. Para todo el mundo es la educación obligatoria, pero desventuradamente no se cumple del todo; ni siquiera se hace obligatoria Primaria; y después en el otro ciclo se tendría las mayores exigencias en vista de profesiones que requieren una especial vigilancia para que no haga daño social.

Además hay otra razón, pues hace de algún modo pensar, ahora, ¿qué rumbo tomo? Porque el camino se bifurca, y trifurca en los Preparatorios. Algunos atolondradamente, atropellan por el primer camino, otros van detrás del que salió primero, otros por razones equis también toman una dirección. Son pocos realmente, y habría que hacerlos meditar, los que teniéndose en cuenta a sí mismo, un poco su historia psicológica, un poco en fin los problemas que se van planteando en la misma orientación en vista de una carrera, se deciden. Pero, esto apareja errores, a pesar de la asistencia de psicólogos y pedagogos. ¡Y que desventura entregar el destino de la propia vida a un error! Hay que facilitar la conmutación en los Preparatorios, imprimiéndoles más plasticidad, con fáciles derivaciones de los unos a los otros.

Ninguna profesión tiene un régimen tan estricto como el régimen alimenticio de vitaminas. Ninguna. Hay muchos regímenes equivalentes para cualquier profesión.

Todo debe tender a esta cuestión capitalísima: el destino de la propia vida, el encontrarse a sí mismo en la profesión, encontrarse a sí mismo en el oficio, encontrarse a sí mismo en el trabajo, es una de las mayores venturas que podemos tener bajo el Sol.

El maestro, una vez terminada su carrera integral, en la escuela tendría estas dos misiones:

Enseñanza integral en la clase —ahí enseña todo—; enseñanza vocacional, enseñanza con ciertas preferencias, enseñanza con cierta orientación en toda la Escuela. Y luego, maestro-profesor en el 1º y 2º año del liceo, de suerte que el niño no sufra, lo que actualmente ocurre por ese cambio artificial en el tratamiento pedagógico, por ese cambio artificial en su orientación psicológica, por ese desencuentro brusco.

El maestro-profesor, entonces, coordinaría 1º y 2º año de tal manera que se redujese el número de asignaturas por día y la sucesión de profesores.

He aquí el maestro-profesor en la escuela...

Vamos a suponer que la Escuela tiene 10 maestros; los diez maestros saben más o menos lo mismo con preferencias que no las desarrollan del todo a veces, la mayoría de las veces, que no enseñan sino de acuerdo con la forma como aprendieron. La práctica pedagógica misma debería cambiar. Esos diez maestros en la escuela, se dividirían la tarea de modo que si A tiene ciertas preferencias por las ciencias astronómicas y meteorológicas, entonces este maestro permanecería tres años viviendo en el observatorio astronómico y meteorológico, y se le consideraría en función de su carrera, porque va a hacer un bien enorme a la nación. En la escuela se encargaría él de tener pluviómetro, anemómetro, higrómetro... todo lo que tiene que ver con la real metodología de la Ciencia y el espíritu científico.

Con un modesto anteojo astronómico, por ejemplo, puede iniciar realmente a explorar el cielo, introduciendo al niño en las

soberanas bellezas del cosmos. Países que carecen de grandes Museos de Arte, no han de descuidar la cultura estética mediante la contemplación de la Naturaleza. Hay que insistir en esto, pues como lo advirtiera Séneca agudamente, si de un solo lugar del planeta se viera el cielo estrellado, todos estarían afa- nosos por contemplarlo, pero como se puede ver de todas partes, muy pocos lo contemplan.

Otro se dedicaría a la Biología. Se pasaría tres años en el Instituto de Investigación de Ciencias Biológicas o en otros Institutos o Laboratorios, luego de familiarizarse con las obras de los creadores, de familiarizarse con las técnicas, los métodos, de vivir eso, entonces pasaría a la escuela y él sería responsable en la totalidad de la escuela de orientar esta enseñanza.

El maestro así preparado, enseñaría con más naturalidad y aprendería con sus alumnos lo que ignora. De lo contrario, estará tentado a responder ocultando su ignorancia, como aquel botánico que cifraba todo su prestigio entre los alumnos, respondiendo siempre con el nombre científico de cualquier especie vegetal. Y cuando no lo sabía, racionaba así: "Yo no lo sé, luego no existe".

El maestro no puede estar al corriente de todo lo que tiene que ver con los experimentos en Química. Además hay esto, importantísimo, que es la tragedia, una tragedia pedagógica: todo **crece y crece de un modo realmente maravilloso, menos el tiempo.** El tiempo con que cuento yo en el aula es el mismo que contaba hace dos mil años todo docente. Pero hace dos mil años ¿qué había de Ciencia para enseñar comparado con lo que hay ahora?

Quiere decir que hay que tener una persona que sepa para poder salir de esa tragedia. ¿Cómo se puede salir de esa tragedia? De tres maneras. Por taquipsíquica, por taquipráxica y por selectivismo.

Hay que saber elegir lo que más vale de cualquier asignatura.

Muy fácil es seguir el proceso histórico, que puede ser tanto progresivo como regresivo. Yo podría empezar cualquier disciplina por el presente, e ir al pasado en movimiento histórico regresivo, o al revés, venir del pasado al presente. Parecería más lógico lo uno que lo otro. No creo. Más psicológico. No creo. Más educativo. Tampoco creo. Es una selección que se hace en vista

quizá de un hábito. Está bien. Se puede hacer de una manera o de la otra. Pero como no es posible, no es posible moverse ahora para poder llegar a los valores grandes de esa época con un programa que tiene unos cuantos mojones. Es necesario que el mismo pedagogo lo elabore: es pedagogía viva. Por otra parte, entre estos diez maestros, uno será psicólogo, y así, toda escuela tendría su psicólogo. Daría su clase, trabajaría en su clase, pero se especializaría como psicólogo.

Se interpretaría al revés lo que sostenemos, si se creyese que en la escuela se asimilase la enseñanza a la actual enseñanza del liceo. No. Lo que se trata es de que realmente el mismo que enseña viva lo que enseña, que realmente el mismo que enseña haga su pedagogía.

Es un poco bochornoso para el pedagogo tomar lo pedagógicamente ya hecho.

De pronto le sorprenderá que pudiera enseñar otra cosa actual. Por ejemplo, si se hubiera dicho en tiempo de Newton que se puede enseñar las leyes de la gravitación se hubiera replicado: "Es un disparate". Pero hoy se enseñan y hay autores que sostienen que se puede enseñar en la escuela cierto aspecto de la Teoría de la Relatividad y siendo una teoría que realmente ha revolucionado las ciencias físicas y las técnicas, que tienen una significación enorme, hay que meditar si eso debe o no enseñarse a edad temprana. Es decir que nadie debe ignorar estos grandes valores humanos.

Pero ¿quién puede hacer eso? Alguien que sabe bien de que se trata, que es a la vez pedagogo, que es a la vez el que vive, y que se da cuenta si eso es posible o no es posible.

Los niños ¿en qué escuela aprenderían más? ¿En la que todos los maestros más o menos saben lo mismo, o en la escuela en donde se vive todas las maneras de la cultura por los maestros? La enseñanza de los niños con diez maestros que viven su doble vocación, será de una autenticidad educativa extraordinaria.

¿Por qué proponemos la conjugación de la Escuela además del Liceo con la Universidad del Trabajo?

Un experimento que se podría hacer sería el siguiente: Que un número equis de escuelas, un número equis de liceos, un nú-

mero equis de anexos de la Universidad del Trabajo, estuvieran concentrados, estuvieran conjugados de manera que funcionasen como un solo organismo, con salones de actos, con talleres, con laboratorios comunes, con bibliotecas. Entonces se tendría esta gran ventaja: primero la asistencia del Maestro-profesor que tiende a relacionar la escuela con el liceo; segundo que hay una convivencia en un mundo en niveles progresivamente ascendentes; tercero, que el mismo niño ya va teniendo la posibilidad de darse cuenta un poco de las distintas direcciones posibles de sí mismo a medida que va él siendo consciente; cuarto que los bienes pedagógicos tanto del Liceo como de la Universidad del Trabajo y de la Escuela, son bienes que se pueden usar incluso con la participación de las personas especializadas; quinto, que hay un problema serio, muy serio, que no se puede esquivar, y es la deserción en la escuela no sólo en el liceo; ustedes conocen bien el problema.

El niño está protegido por dos leyes, sobre todo en cuanto a la enseñanza y en cuanto a su desarrollo; primera ley: obligatoriedad de la enseñanza; segunda ley: prohibición del trabajo prematuro. Ahora bien, si ustedes buscan el cumplimiento de esas leyes se encuentran un poco desolados.

¿Qué hay que hacer? ¿Esperar que dentro de un siglo, dos siglos, tres siglos, sólo se resuelva esto? No. Hay que apresurarse mediante la ley para poder realizar la justicia en este gran asunto, porque si realmente es cuestión dolorosa la diferencia económica, para mí es mucho más triste, mucho más penoso, la de que haya cultos e incultos.

Están conjugadas en cierto momento, pero lo más grave de todo es la consecuencia de que son, unos, incultos y otros, cultos, cuando todos tienen el derecho, naturalmente, al desarrollo de sus potencialidades naturales.

Existiendo esta conexión escuela-liceo-Universidad del Trabajo, los niños que tienen deserciones escolares —primera investigación: por qué esa deserción, (son mandaderos, venden diarios, lustran zapatos, piden limosna, etc.)— lo cierto es que las chicos se van mal formando y acostumbrando a la humillación, porque el adulto no tiene generalmente presencia de alma frente al problema que existe en este pequeño, que es explotado. ¿Qué hay que hacer? Lo que hay que hacer es salvar al niño y al hombre futuro que amanece en él.

Yo haría lo siguiente: los niños que desertan porque las necesidades económicas lo obligan —su hogar— a estos niños, 1º se les asegura el cumplimiento de la enseñanza primaria, 2º después de este cumplimiento en vez de andar haciendo lo que hacen para poder recabar algún pequeño recurso, se les da un destino en la Universidad del Trabajo, es decir: se les paga para que aprendan un oficio y se les paga bien porque no se trata de hacer un negocio, de explotar al niño desvalido, y esta fórmula que no es caridad sino de justicia, es la mejor fórmula, incluso desde el punto de vista económico, para que la Nación sea Nación. Es decir que no hay nada más importante para una nación que capacitar a sus hombres en el trabajo.

Esta manera de resolver el problema del desvalido económico no quiere decir que se imponga una profesión —sería el revés de lo que estamos tratando de defender como sensibilizados para la orientación de acuerdo con la propia naturaleza.

Sería uno de los puntos, creo yo, de significación incuestionable en la justicia humana que podría lograrse mediante estas formas de estructurar la primera enseñanza conjugada con los liceos y la Universidad del Trabajo.

Podría extenderme mucho más, naturalmente, pero no es posible hacerlo ahora.

Lo único que puedo agregar brevísimamente es que los preparatorios no deberían depender del Consejo de Segunda Enseñanza. Los preparatorios deberían depender del Consejo Central Universitario. ¿Y por qué del Consejo Central Universitario y no de las Facultades? Porque las Facultades precipitarían miniaturas de la carrera futura, en cambio en el Consejo Central Universitario no ocurriría eso, pues su horizonte se abre a todas las facultades.

No está justificado, por ejemplo, que Preparatorios para Medicina tenga Anatomía, en vez de tener otras disciplinas importantes para la cultura integral, para el futuro de eso que parece no estar en ninguna parte y está en todas, o sea, el criterio, y el proceso formativo de la persona sea cual sea su futura profesión. Otra cosa debiera ponerse que eso, puesto que no hay ninguna dificultad para aprender directamente anatomía bien; no requiere introducción pedagógica.

Señores: Hay que tener confianza en sí mismo, que si no se sabe bien qué es el hombre, se sabe que es muchísimo más de lo que sabe. Las pruebas de la vida lo van descubriendo. Nunca se prueba del todo como para considerar agotados sus poderes. Hay que advertirlo para sobreponerse a los malos trances de la vida, no olvidando que la vida suele resolver situaciones en las cuales la inteligencia se atribuya como si careciera de solución, pues la vida nos reserva sorpresas venturosas, que precisamente suelen suceder en la desventura.

Criatura y creador, todo hombre tiene que ser cada vez más el mismo en el plano de los valores para ser también más para los otros.

Todo hombre, criatura y creador, singularidad y universalidad lleva y conlleva, es portador de lo suyo y de no poco que no es suyo.

Uno de los atributos de una idea sin el cual los otros atributos carecen de sostén, es que sea verdadero. Uno de los atributos de una acción —sin el cual todos los otros carecen de bondad— es que conduzca a la realización del hombre en el plano de los valores. Y uno de los atributos de una ley sin el cual carece de autoridad, es que sea éticamente laudable, no solo sabiamente jurídica.

Los mejores frutos de la acción humana maduran, cuando se obra con la mente dirigida por ideales superiores, pero no enteramente desinsertados de la realidad, serían falsos ideales. La verdadera orientación vocacional —sea en procura de la profesión o del oficio para la persona, sea en la búsqueda de la persona para la profesión o el oficio, ha de conducir a una esclarecida autodeterminación en la cual el hombre se encuentre a sí mismo en su doble naturaleza: la real y la ideal.

Nuestros ímpetus pasionales suelen irrumpir en los más diversos acontecimientos. Solemos entregarnos demasiado pronto a lo que de inmediato nos impresiona más. Descargamos entonces nuestros potenciales de pasión como sustituto de una acción sostenida y ordenada en el plano de los valores. Es la precipitación de lluvias torrenciales alternando con grandes sequías; lo que en el plano de los valores se puede hacer y no se hace, constituye la

mayor pérdida, tanto para el individuo como para la Nación. Sin una heroica tenacidad, ¡cuántas inteligencias infecundas! ¡cuántos hombres subhombres de sí mismos!

El que con aspiraciones no ensaya sus poderes para realizarlas, es muy tímido y muy modesto o muy altanero y orgulloso, no atreviéndose en el último caso probarse por temor al fracaso. Nada inhibe más que la idea del fracaso. El que se retira en la primera prueba desfavorable, ignorará para siempre las potencias de su propia alma y vivirá relegado con el recuerdo inhibitor de una experiencia frustrada. El que ensaya sus poderes y abandona la lucha en medio de las dificultades, se forma un concepto falso de sí mismo y de la realidad en que vive. El que se prueba y avanza, pero no atraviesa líneas de peligro, es prudente, pero también cobarde. El que se mantiene con sufrimiento, aún sin seguridad de buen éxito, es valiente, pero no heroico. El que avanza, sean cuales sean los sacrificios, es heroico e iluminado.